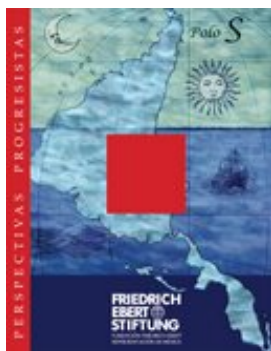


**Christopher
Domínguez**

***¿La democracia,
la ideología
de los intelectuales?***

**FRIEDRICH
EBERT 
STIFTUNG**
FUNDACIÓN FRIEDRICH EBERT
REPRESENTACIÓN EN MÉXICO

Publicación editada por la Fundación Friedrich Ebert en México. Las opiniones vertidas en los documentos que se presentan, así como los análisis y las interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja, necesariamente, los puntos de vista de la Fundación. Perspectivas Progresistas



Perspectivas Progresistas

Con el nacimiento de *Perspectivas Progresistas*, publicación de la Fundación Friedrich Ebert en México, pretendemos animar el debate público para pensar México desde miradas progresistas así como ofrecer una plataforma para el diálogo entre actores socio-políticos, académicos e intelectuales identificados con una concepción moderna y democrática de la centro-izquierda.

www.fesmex.org

Las opiniones expresadas en este documento, que no ha sido sometido a revisión editorial, son de la exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las de la Fundación.

Publicación de la Fundación Friedrich Ebert en México

Copyright, FESMEX 2007. Todos los derechos reservados.

La autorización para reproducir total o parcialmente esta obra debe solicitarse a la Fundación Friedrich Ebert en México. En caso que contrapartes deseen reproducir esta obra, sólo se les solicita que mencionen la fuente e informen a la Fundación de tal reproducción.

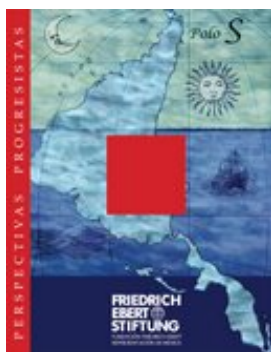
Fundación Friedrich Ebert (FESMEX)

Yautepec 55, Col. Condesa

Tel: 55535302

Fax 52541554

CP. 40123



¿La democracia, la ideología de los intelectuales?

Christopher Domínguez Michael¹

Parece que el pasado año electoral ocurrió hace un siglo. El gobierno del presidente Felipe Calderón ha dominado una situación nacional que, todavía el pasado 1 de diciembre, parecía ingobernable, marcada por la posibilidad de una crisis constitucional. La velocidad con la que la opinión pública se ha fiado de un gobierno que sólo fue votado por el 36% de los ciudadanos, delata de que a la gran mayoría de los mexicanos les fastidiaba el conflicto poselectoral y que no pocos de quienes votaron por el candidato perdedor, Andrés Manuel López Obrador e inclusive quienes piensan que éste fue víctima de un fraude electoral, respiraron aliviados ante la continuidad del orden republicano.

¹ Ponencia presentada el 05 de marzo de 2007 en el marco del Seminario de Estudios Avanzados organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM con el apoyo de la Fundación Friedrich Ebert: “Izquierda, democracia y crisis política en México: posibilidades de una socialdemocracia en México”, coordinado por el Dr. Roger Bartra y el Dr. Francisco Valdés Ugalde.

El desenlace de las elecciones del 2 de julio ha sido un desenlace feliz. Un debate tan ruidoso entre programas ideológicos incompatibles, una elección tan competida que se decide en los tribunales con una sentencia churrigueresca y hasta una pelea por la posesión de los símbolos patrios entre un presidente electo y otro decidido a proclamarse a mano alzada, ha concluido con saldo blanco. Sin contar con las víctimas del conflicto en Oaxaca, un problema regional y sindical que se empalmó, de manera accidental o deliberada con las elecciones federales, éstas no dejaron ni muertos ni heridos. Las grandes movilizaciones con las que protestó el Partido de la Revolución Democrática (PRD), incluida la ocupación, durante un par de meses, del centro de la ciudad de México, fueron pacíficas. Que así haya ocurrido habla muy bien de la salud y de la resistencia de la democracia mexicana, tan calumniada, una y otra vez puesta en entredicho. Y es interesante que haya dejado de sorprendernos el carácter pacífico de nuestra vida política y que tengan que ser observadores extranjeros quienes, como ha sido mi caso, nos inviten a apreciarla en todo lo que vale. El imperio de ese espíritu se debe a tirios y troyanos, a la oposición y al gobierno y, sobre todo, a la tolerancia y la paciencia del ciudadano común y corriente.

Pero haríamos bien en aquilatar otros aspectos. Como en 1994, tras la tregua entre el gobierno federal y los neozapatistas, México ha demostrado ser, por ventura, un país de practicantes de la lucha libre, protagonistas de un espectáculo más teatral que deportivo, representación que vale por la querrela entre las máscaras y los símbolos, vodevil donde el griterío se termina junto con una función que al final, de buena o de mala gana, se abandona respetando el fallo del referí. Victoriosos o vencidos, casi todos regresamos a casa, en relativa paz y a la espera de otra contienda. Esa rutina democrática se ha impuesto en México y en ese sentido nuestro país no es distinto a los Estados Unidos, la república imperial que en varios sentidos no es exactamente una democracia o a Italia, la democracia parlamentaria ejemplar, tanto por sus virtudes como por sus vicios.

El desenlace exige, como lo repiten todos los analistas y buena parte de la clase política, una reforma del Estado y una tercera generación de reformas electorales, asuntos de las que se ha hablado aquí con mucho detalle y en los que no insistiré por estar más allá de mi competencia. Haré, en cambio, algunas observaciones sobre el papel de los intelectuales en un año electoral que fue una suerte de exámen cívico. Me refiero a los numerosos artistas, intelectuales, escritores y académicos que legitimaron y divulgaron la mentira pública que afirmó, de manera grave y especiosa, que el gobierno, a través del Instituto Federal Electoral (IFE), orquestó y planificó un fraude, cibernético o manual, para despojar a López Obrador de una supuesta mayoría que le habría dado la presidencia de la república. La difusión de esa mentira que, dicho sea de paso no encontró ningún eco en una opinión internacional hipersensible al atropello de la democracia, dañó la confianza civil en las leyes y en las autoridades electorales. La difusión de esa mentira significó, para ejemplificar con una de sus consecuencias más odiosas, el espectáculo de ver, por insólita ocasión en nuestra contemporánea, a un candidato perdedor acusando a los ciudadanos que se avinieron a representarlo en las casillas, de haberse corrompido para defraudarlo.

La irresponsabilidad intelectual estuvo acompañada, además, de una devaluación del lenguaje público que contó con el respaldo de aquellos que, en teoría, deberían resguardarlo. Ya lo dijo Luís González de Alba antes que yo: ¿qué queda de la guerra sucia de los años setenta, que fue el asesinato y la tortura de los opositores políticos, cuando el término se convierte en sinónimo de las quejas de López Obrador contra la publicidad adversa? ¿Cómo explicarles a los jóvenes qué fue el nazismo cuando los portavoces del PRD le arrojan al presidente de la república, para afrentarlo, un uniforme de la SS? Es cierto que la democracia debe garantizar los derechos de quienes la desprecian. Pero también es indispensable exigirles a los escritores que se aventuran en la vida pública que cumplan con al menos uno de sus deberes profesionales: velar por el peso y por la transparencia de las palabras.

Pasan los días y los meses y se va corroborando que López Obrador mintió antes y después del 2 de julio, tanto en la lectura de

sus propias encuestas como en el desacato, con datos falsos y fantasiosos, del resultado electoral. En esa misma medida crece la responsabilidad de los intelectuales que van haciendo mutis y apenas recuerdan las frivolidades que montaron en el Zócalo. Pero el fraude del fraude los involucra como instrumentos de la mentira y voceros de la falsificación. Recordemos, como prueba de candor, de ligereza o de mala fe, los poemas, dibujos, alardes de ingenio y otras cursilerías que se pudieron apreciar a lo largo de la Avenida Juárez, *samizdats* dedicados a respaldar la rebelión antidemocrática de López Obrador, cuyo carácter quizá no violento pero tampoco pacífico, no le quita su gravedad, como lo muestra el fallido golpe de Estado o peligrosa trácala de lucha libre, que se escenificó el 1 de diciembre en el Congreso de la Unión.

¿De dónde proviene esa facilidad de los intelectuales de izquierda (y entiendo por izquierda aquella que se presenta como tal) para enamorarse de los caudillos y de sus movimientos antidemocráticos? Quizá el equívoco esté en una creencia pública que es falsa y que asocia a todos los intelectuales con la democracia liberal, cuando la historia del siglo XX (y aún la del XIX) prueba que el autoritarismo y el totalitarismo han sido la principal ideología de los letrados, quienes también resultaron ser los constructores y luego las víctimas más vistosas de las sociedades cerradas.

Tras la caída del muro de Berlín, se volvió improcedente y al menos así lo fue hasta que apareció el comandante Hugo Chávez con su “revolución bolivariana”, presentar al socialismo como horizonte político a conquistar. El futuro autoritario con el que frecuentemente sueñan los intelectuales carecía de nombre y muchos recurrieron a un viejo eufemismo stalinista que consistía en llamar “democracias populares” a las nuevas dictaduras comunistas. Cuando hablan de que ésta o aquella nación necesita de “democracia” se refieren a una idea vaporosa de felicidad, a una utopía humanitaria o un justiciero régimen de fuerza que se parece mucho al decrepito régimen castrista o a la ya no tan incipiente dictadura venezolana. El problema es, también, semántico. Como ya no se podía hablar de revolución socialista o proletaria, se empezó a hablar, en México, de “revolución democrática”, expresión

que quería decir, al mismo tiempo, dos cosas distintas en diferentes tiempos: durante los años noventa, la lucha por desmontar el sistema de partido de Estado y durante esta primera década del siglo XXI, la lucha por reinstaurarlo.

Si por democracia se entiende un sistema legal de competencia política, la mayoría de los intelectuales, no son democráticos o lo son en un sentido soberanista y popular que apenas es democrática y si es, por completo, antiliberal. Quien cree, en diversos grados de creencia, en que lo democrático es una concentración, que no asamblea, por sentido común, de 50 mil o 100 mil o un millón de ciudadanos, no está hablando de democracia y habita en el mundo de Ceaucescu o de Fidel Velázquez.

Me temo que los intelectuales somos en extremo efectivos para corroer los sistemas autoritarios pero muy poco fiables para construir y conservar a las democracias. Oponerse a un régimen autoritario como el priista permitía (como también ocurrió en Europa del Este) la confluencia entre liberales, conservadores y aquellos que considerábamos, como ocurría en el Partido Comunista Mexicano (PCM), que era compatible luchar por las libertades políticas para imponer una dictadura que las cancelara. A fines de los años setenta y gracias al influjo del eurocomunismo, algunos de los intelectuales comunistas, como fue el caso de Roger Bartra, estaban proponiendo una socialdemocratización de la izquierda mexicana que se interrumpió cuando el Partido Revolucionario Institucional (PRI) se escindió y nació, como se ha dicho reiteradamente, un partido como el PRD, heredero de dos tradiciones autoritarias, la de la Revolución Rusa y la de la Revolución Mexicana.

La recurrente deslealtad de los intelectuales hacia la democracia liberal se debe a varias razones políticas y psicológicas y todas ellas conspiran contra el pleno reconocimiento de la gran lección política del siglo XX, tal cual lo dijo Ilán Semo en uno de los debates del año pasado: la democracia es un fin en sí mismo. Contra esa certidumbre persiste un leninismo un tanto clandestino, que no deja de ver en la democracia –y concretamente en la vía electoral– un instrumento efectivo para la toma del poder que hará indeseable a la democracia misma, oferta que ya no puede hacerse pública dada

la antipatía o el horror que causaría en el electorado. Es curioso y lo ha dicho Fernando Savater al hablar de quienes en España consienten al nacionalismo radical cuya existencia justifica a ETA, que quienes más libertades democráticas le piden a la sociedad abierta son, al mismo tiempo, los adherentes aun entusiastas de las dictaduras poscomunistas o quienes ven en el terrorismo islamista la justa penitencia que se merecía Occidente.

A ese trasfondo leninista (o simplemente jacobino) se suma la debilidad sentimental que los intelectuales tienen por el caudillo, por el jefe máximo, por el conductor. Casi todo letrado aspira a ser príncipe filósofo, o al menos, a ser el filósofo del príncipe. En ese sentido, ha sido escandalosa la aquiescencia de los otrora puntuales críticos del autoritarismo priista ante el amedrentamiento que López Obrador ha impuesto en el PRD. Algunos de quienes callan se confiesan, en privado, desengañados del demagogo pero aclaran que no romperán filas para no hacerle el juego a la derecha. Quizá sea el caso de Carlos Monsiváis, quien tras condenar el bloque del Centro histórico ordenado por López Obrador, se hundió en un deprimente silencio que le ha negado consuelo a quienes ven a la primera figura intelectual de la izquierda. Otros, algunos de ellos estudiosos de la manera en que el fascismo se apoderó de Roma o de Berlín, siguen enamorados. Pero han sido pocos (y hasta creo que ninguno) los que han tenido la valentía o el mal gusto de remar contra la moda acompañando al demagogo en su actual itinerario de alma en pena por la república.

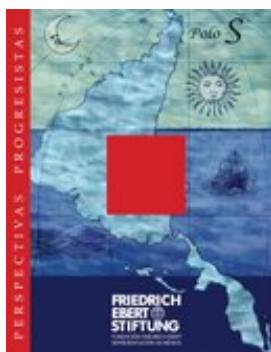
En la atracción de los clérigos por el caudillo pesa otro componente, quizá el más noble, que es el afán justiciero: la gran mayoría de los intelectuales de izquierda están dispuestos a permitirlo casi todo en nombre de la anhelada justicia social. Muchos amigos míos, personas más o menos acobardadas por el perfil mesiánico y mitomaniaco de López Obrador, lo votaron el 2 de julio y lo respaldaron durante el conflicto poselectoral convencidos, para usar la expresión francesa, de que “mas valía equivocarse” con él “a tener la razón” en contra suya y llevar agua al molino del neoliberalismo. En este punto la discusión se desplaza a otros terreno y llevará algunos años responder a la hipótesis de que el anticapitalismo de los intelectuales es, en buena medida, un

tradicionalismo, un avatar del odio franciscano del dinero. Es un pobrismo sostenido por clérigos que nunca son pobres y a quienes no les interesa saber que la oferta de equidad del estatismo no es muy rica en este momento de la historia mundial. Aclaro, por si es necesario, que soy de quienes ven en J.M. Keynes a uno de los grandes liberales del siglo XX y que no creo que, al menos en un país como México, el Estado deba renunciar a sus funciones como regulador de los sobresaltos y las arbitrariedades del mercado.

Jean Guéhenno, el cronista de la vida en Francia durante el gobierno del Frente popular, dijo que en aquellos días, “salir a hacer la Revolución” era una forma de hacer vida mundana. Manifestarse con los obreros o contra la rebelión fascista en España, pintar bardas, pegar carteles e incluso correr el riesgo de ser descalabrado por los Camelots du Roi, las milicias armadas de la extrema derecha, era formar parte de la moda. No es despreciable, en la militancia de tantos de mis colegas, la desesperación ante el aburrimiento, las pulsiones del exhibicionismo o el deseo de hacer travesuras desordenando las mercancías en el supermercado, pues quienes las van volver a acomodar son empleados mal pagados e invisibles a quienes, además, se les puede caricaturizar, como simios enajenados por el neoliberalismo, en el periódico de la *gauche divine*.

Ese deseo de figurar es, también, un aristocratismo invertido que sacraliza al pueblo como materia de una comunión exótica, un asidero contra la impersonalidad y el escaso heroísmo de los mecanismos democráticos que aburren a quienes ansían vivir peligrosamente. No en balde entran a escena las princesas deseosas de emular a Felipe Igualdad, quien arriesgó y perdió la cabeza en la guillotina, mientras que nuestros letrados tienen abiertas todas las tribunas (empezando por la del principal canal comercial en el día en que más personas ven la televisión) y no arriesgan, por fortuna, ni uno solo de sus cabellos.

Pero en México rige la lucha libre y como el espectáculo ya terminó, la tentación de olvidarse de la conducta de nuestros colegas es enorme. Tanto como la certeza de que esa deslealtad propia de los intelectuales volverá a repetirse en el futuro.

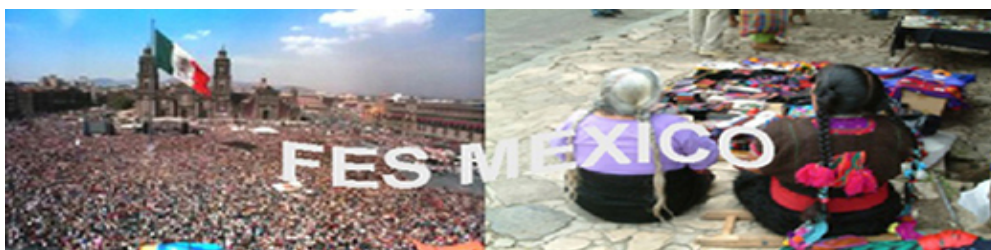


Perspectivas Progresistas quiere ofrecer un espacio para la innovación de ideas e interpretaciones sobre México; puente de pensamiento entre puntos de vista de la centro-izquierda y ámbito de discusión sobre el tipo de sociedad con que sueña y a la que aspira la “ciudadanía” mexicana.

www.fesmex.org

Sobre el autor.

Crítico literario, historiador y ensayista. Su libro más reciente es *Vida de Fray Servando* (2004).



La Fundación Friedrich Ebert en México

La Fundación Friedrich Ebert (FES) es una institución privada sin fines de lucro, comprometida con las ideas y los valores de la democracia social. Su nacimiento data del año 1925, debe su nombre a Friedrich Ebert, primer presidente alemán democráticamente elegido. Hoy en día los ejes centrales del trabajo de la FES son justicia social, democracia activa, fomento de la investigación, reforma social y estrategias políticas para la configuración de una globalización incluyente.

Nuestra oficina en México es una de las más antiguas de América Latina; en 1969 comenzó sus primeras actividades. En la actualidad, el trabajo de la FESMEX se organiza a través de tres programas: a) diálogo político e internacional, b) diálogo sindical y de género y, c) fortalecimiento de capacidades de actores socio-políticos identificados con la centro-izquierda. Ofrecemos plataformas de reflexión sobre la política exterior mexicana, su papel como actor regional y global; diálogos para la modernización de los sindicatos, la democracia sindical, el fortalecimiento de capacidades para su acción internacional y herramientas para una inserción equitativa y competitiva en la globalización. La formación política de nuevos liderazgos democráticos y progresistas ocupa un lugar central de nuestros esfuerzos, así como la asesoría a nuestras contrapartes en conceptos políticos innovadores, tales como: participación política femenina, política social, seguridad ciudadana y espacios públicos, migración y desarrollo fronterizo, calidad de la política, ciudadanía y democracia comunicacional.